

Domingo Melfi

Solveig: El regreso

(Del libro inédito "Solveig")

Los capítulos que siguen pertenecen a la tercera parte del libro inédito *Solveig*, comentarios ideológicos escritos al margen del *Peer-Gint* de Ibsen, y cuya publicación se hará próximamente. *Solveig* es la creación femenina más delicada de Ibsen, y su figura diáfana e ideal, llena el tormentoso poema con una lumbrera serena, fibia e inextinguible. Este libro será, sin duda, un libro anacrónico, porque el tipo de mujer que sirve de tema a los comentarios, difícilmente puede encontrarse hoy, y su amor, una cosa extraña e inverosímil, para el materialismo presente. *Solveig* es la fuerza del amor y de la fe, superior a todos los dolores, más fuerte que la muerte, más fuerte que el abandono—prueba quizá suprema para la mujer—y que se alimenta de sí mismo y espera y palpita por el hombre egoísta que la dejó sola y desamparada.

OTOÑO

LA fría tristeza del otoño envolvía, al regreso, la soledad de los viejos caminos. El paisaje no tuvo para él el gesto de piedad y de acogimiento que parece brotar de la inerte impasibilidad de los rincones que decoraron la adolescencia. La emoción temblaba, tan solo, junto a la cabaña olvidada, en el extraño silencio de los horizontes poblados de niebla; en la errante in-

quietud de los senderos brumosos de su corazón... Un viento, áspero y desolado, lloraba en las hojas desprendidas de los árboles y estremecía en el confín la vaga tristeza de los bosques. El rumor de las hojas muertas que el viento enloquecía por delante de sus pies, remedaba un acento infantil y lejano... ¿Quién era él?... Un brillo fugaz de lágrimas osciló en los ojos del cansado viajero. El paisaje parecía copiar toda la cruel melancolía de su vida y erguía a su paso hostil amargura... ¿Había mudado tal vez la tierra natal?... ¿El alma, quizás, de ese rincón que él abandonara, de mozo, robusto y conquistador?... El viento gemía angustiosamente en las ramas desnudas de los árboles.

Y a su encuentro venían, por la fosca soledad del camino, los duros pensamientos, las agrias tristezas, las ásperas melancolías, la horrible lividez del remordimiento y la visión enfosquecida de su existencia deshecha, inútil, que parecía atisbarle en cada árbol, en cada eminencia del terreno, en la fría e irónica inmovilidad del cielo. La vida burlada aullaba su protesta implacable, sorda y salvaje, y la tierra entera se erguía, como una loba ardiente; cerraba el andar de sus pasos vacilantes y medrosos e intentaba agostar el germen de toda clara esperanza...

—¿Y eres tú, Peer Gint?... —murmuraban las voces oscuras del otoño...

EL BOSQUE ABANDONADO

El escuchaba, entre tanto, hacia el límite de los horizontes, esas voces largas e insistentes, que se burlan de la fugacidad de la vida; oía el grito unánime de los bosques, renovados en cada primavera, eternos e incorruptibles, frente a su deleznable cáscara humana, frágil y pasajera, y no obstante, tan dura y tan implacable... Al menos, en el corazón esquivo de las selvas, una fuente renovaba siempre su dulce frescura y en el silencio, húmedo y sombrío, las aves se perseguían, palpitantes de amor y colgaban sus nidos en las cimas más altas y más puras... El bosque devolvía su amor, su cordial simpatía a las aves apa-

sionadas; las abrigaba en su seno, las nutría con sus hojas, las envolvía en su fresca sombra, las preservaba de las llamaradas del sol, en los días secos del estío... Y las aves ilusionaban al viejo bosque, lo transformaban en una armonía viviente, lo penetraban de dulces sonos, lo cruzaban con la red movable de sus vuelos alegres, desde el alba a la tarde... Y el bosque y las aves eran felices, con una felicidad pura y permanente...

Pero un día había partido, fiero y brutal, de ese otro bosque al cual regresaba, al modo de las aves zahareñas en un vuelo sin fin, hacia las tierras que no conocía. Había deshecho el encanto de la selva; había abandonado la confianza pura de un amor que se erguía sobre el destino y ni una sola vez había detenido su vuelo, para evocar a la compañera ideal, que sin embargo y a pesar del largo abandono, le aguardaba, palpitando de amor y de ternura...

Llegaba ahora a su postrer refugio, vencido, derrotado, con las espaldas encorvadas hacia la tierra, los pies vacilantes, las pupilas sombrías, mordido por la lepra del desencanto, sin vigor, sin energía... ¡Un guiñapo de hombre! Y he aquí que el rincón nativo parecía negarle su salvación y su refugio.

EN EL RETIRO DE LA CONCIENCIA

Había dominado a la fortuna y a los hombres. Se había «*bastado a sí mismo*», según la dura fórmula del *Rey de la Montaña*. Ninguna verdad, es cierto, más tristemente humana que esa... Su vida quedaba trazada, en sangre y en sudores, sobre las arenas del desierto, en los páramos de California, en las costas abruptas de las tierras maravillosas, sobre las estepas desoladas, en la curva misteriosa del mar. Un torrente de oro rugía a sus pies; crecía poco a poco, prodigioso y brutal, se levantaba en montañas inmensas y, abatiéndose sobre sí mismo, como si lo aplastara una fuerza sobrehumana, penetraba en su sangre, al modo de un hilo sutil; afiebraba el ritmo de su corazón, agostaba las fuentes de la ternura y esparcía una sombra viscosa sobre el puro cristal de su espíritu.

¿Pero y detrás de él, de sus luchas, de sus conquistas, de sus riquezas fabulosas?... ¿Qué fuerza había detrás de él, capaz de alzarlo, de arrancarlo de la ciénaga del olvido?... Su poder, su riqueza, su errancia por los caminos del mundo, ¿no era como el viaje de un témpano que arrasa todo a su paso y se disuelve con la luz del sol?... Había triunfado... ¿pero no volvía acaso vencido y desengañado?... La voz del rincón nativo, ¿no se erguía para cruzarle el rostro?... El llanto de las hojas que él había pisoteado, ¿no llovía, acaso, como reproches acerbos sobre sus hombros estremecidos por el hielo de la noche inminente?... ¿En dónde estaba el recuerdo?... La voz de la ternura... La tibieza de los afectos profundos que son como las luces salvadoras en los negros caminos del infortunio?... ¿Hacia qué lado quedaba la construcción recia, que debía albergar, en las horas del reposo, sus miembros ateridos, sus pobres pensamientos fatigados, su angustia y su soledad?... ¿En qué choza debía recogerse para evitar la acusación del grito de la noche en el viento?... ¿Cómo había construido su vida?...

EL FUNDIDOR

Y he aquí que el *Fundidor*—quizás la conciencia—lo detuvo en una encrucijada temerosa para pedirle cuenta de su conducta. El acento de esa voz era frío y lívido, como un juez que se yergue para acusarnos del derroche de una vida que no nos pertenece por entero... No... no. La vida suya era incompleta, inútil, vana...

—¿Vana?... ¿Incompleta?...—pensó Peer Gint.—¡Qué extraño es todo esto!... ¡Qué inexplicable!... ¿Acaso no basta una existencia consagrada al placer, al acumulamiento del oro, a la conquista turbulenta de la materia, a las holganzas, a las fatigas?... ¿No era tal vez la suya, una vida toda entera vivida en profundidad?...

—No... No... No... (La voz del fundidor era clara y terminante). Es necesario fundir, de nuevo, en el crisol esa vida inservible, abrumada por los pecados, por el egoísmo, por la ho-

rrible frialdad del corazón. Sobre todo por la horrible frialdad del corazón... Las vidas humanas tienen una finalidad. No se puede, no se debe edificar la existencia sobre el egoísmo... Nos debemos, por el amor, al dolor ajeno, al triste rebaño de los que sufren... No... No... no se puede contar únicamente con la materia para vivir. Existe una voz interior que es preciso escuchar, porque hay algo que mueve las potencias del hombre con eficaz armonía... La palabra profunda y turbadora que se arroja como una sonda al corazón que vive y palpita por nosotros, es una orden suprema... Borrar esa palabra, estrangularla por el egoísmo, es confundirse con el lodo; es vivir la vida, oscura y miserable de la charca que se pudre, entre cañaverales, en una tierra desierta...

EN EL VIENTO DE LA NOCHE

Sobre la tierra negra caía el piadoso anochecer. Un silencio turbado por las evocaciones se enredaba, entretanto, en los ramajes hirsutos de los árboles y se arrastraba a lo largo de los caminos, mudos e interminables. La sombra se espesaba detrás del viajero solitario y un viento solapado e irónico, que soplaba de todas partes a la vez, parecía voltear las palabras ácidas y frías del hombre de la encrucijada.

—Es preciso... es necesario redimirse... Toda tu existencia es inútil, si no la acoges en el fervor o en la tibieza de un hogar... Has vivido en vano, mi querido camarada... ¿De qué te han servido todas tus enormes riquezas, tus conquistas sobre-humanas, el duro bastarse a sí mismo?... Niebla sobre la mar... humo... arena... Un sueño...

El viajero se detuvo temeroso. Giró sobre sus talones y buscó el cuerpo, la garganta que le echaba, junto con las palabras, el aliento maléfico. Pero en seguida se encogió de hombros, con un gesto altivo de todo su cuerpo. Un resto de aquella potencia antigua...

—Ea...—exclamó—; al diablo los recuerdos... Todavía puedo rehacer mi vida... Bah... ¿Por qué no?...

Echó a andar rápidamente, más ágil, más firme. Esta vez parecía que triunfaba del enervante peso de la soledad, del cerco angustioso que pugnaba por apretar su garganta y su conciencia. Se sentía liviano, optimista, lleno de energía. Hasta evocó las borrascas de su juventud, los días gloriosos de su fortuna, la etapa de imperio sobre los hombres... Oh... aquellos días!

—A quien puede importarle la voz empalagosa de la soledad?... Cuanta razón tenía aquel viejo Rey de la Montaña. No hay más filosofía que ésta: *Bastarse*, ser siempre uno mismo... Vivir en un tonel...

—¿En un tonel?... ¿Bastarse?... Ja... Ja... Ja... Pobre amigo mío. —La voz resonó, de súbito, como arrastrada en el tropel de las hojas herrumbrosas. —Esa filosofía no es tan cómoda como parece... Porque, vamos a ver, mi estimado Peer... ¿En dónde está toda tu riqueza?... ¿Tu fuerza, tu dominio, tu lealtad?... Es un poco triste volver al terruño, arrastrándose... ¿verdad?... Es un poco doloroso constatar que hasta el aire nos rechaza y las hojas nos golpean el rostro. Porque yo... yo que soy el *fundidor* debo pedir cuenta estrecha a los hombres, que como tú alcanzan el límite de esta encrucijada... En verdad, es una tarea odiosa la mía. Los hombres se te parecen tanto... tanto... amigo mío. Pero tú... Tú has colmado un poco la medida del egoísmo... En fin, es preciso que busques... que acudas a alguien que siendo sobrehumanamente puro, pueda redimirte.

La noche se había vuelto densa, espesa, impenetrable. El viajero moderó el paso. Su corazón latía como en un pozo sin fondo; crujían las arterias en sus sienes sudorosas y un extraño temblor agitaba sus miembros fatigados. Intentó horadar el espesor de la noche..., encontrar un camino que lo alejara de ese sitio en que parecían haber hecho nido los recuerdos; huir del maleficio de esa voz que le ponía por delante, con una evidencia aterradora, el espectáculo de su miseria y de su sordidez.

La realidad, sin embargo, estaba ahí clara y brutal. No aparecía por ningún lado la encrucijada salvadora, el límite extremo de su redención. El creía haber vivido; haber culminado en su existencia y se encontraba, ahora, en un callejón sin salida.

vencido dos veces; vencido por la vida y vencido por esa voz que no brotaba de nada concreto, que parecía desprenderse del fondo mismo de la noche... acaso... acaso de su propio corazón...

Qué extrañamente resonaba, este corazón, en medio de la noche. Parecía un martilleo incesante, un galope vertiginoso. Todo estaba mudo en derredor suyo. El viento había callado entre las ramas foscas de los árboles, los caminos se habían borrado y arriba, entre el negro inquietante de las nubes, lucía, de raro en raro, una estrella... Pero su corazón... Era algo extraño, inconcebible. Ese ruido, ese tac, tac, lo llenaba todo, estremecía sus potencias, parecía erguirse y palpitar en el centro mismo de la tierra. Tan pronto le daba la impresión del trote lejano de un caballo sobre la tierra dura, como lo escuchaba golpear adentro, en el fondo de su pecho, febril, implacable, aterrador...

Bruscamente se detuvo. La misma voz resonó esta vez tan cerca, tan malignamente cerca, que por instinto se llevó las manos al pecho como si quisiera ahogar con sus dedos crispados, el hielo de ese acento que le encogía el espíritu.

—Ciertamente, amigo mío, es hermoso triunfar—insistió la voz—. ¿Pero es que acaso el triunfo excluye la nobleza, la grandeza del corazón?... En verdad, una palabra pronunciada puede borrarse fácilmente... Tú me comprendes, conquistador... Tú pronunciaste palabras definitivas, hace algún tiempo... ¿Recuerdas? ¿Cumpliste acaso esa promesa? La pregunta carece de importancia, dirás tú, porque ¿quién es el que cumple sus promesas?... Pudiste, sin embargo, cumplirlas, si hubieras hecho un alto en tu camino de triunfos. En cambio, borraste enteramente el pasado, te desligaste en absoluto de él y sólo tuviste fuerza para derrochar estúpidamente todo el enorme caudal de tus riquezas... Detrás de ti quedaban los pobres recuerdos pisoteados, abandonados, hechos trizas, como las hojas en los caminos... Ateridas y desgarradas, las palabras de amor caían para pudrirse en el fango... Tú pasaste sobre ellas. Ciego. Brutal. Inconsciente... Pero tienes razón... Olvidaba, como tú di-

ces, que tu vida es una vida vivida en profundidad... ¿Tú crees que un hombre, el hombre, es tan fuerte que sea capaz de sustraerse al poder del recuerdo?... Tú eres un hombre fuerte, poderoso, inmortal. Tú has vencido, tú has dominado el recuerdo, esa cosa vaga, imprecisa, molesta que se llama el recuerdo... Y sin embargo... ¿por qué tiembles?... ¿por qué vacilas?... No... no frates de moverte... Es inútil... Espera... Déjame... Aun no he terminado, mi querido amigo.

—Ea... idos al diablo!... Dejadme... —La mano temblorosa del viajero se agitó por delante de su rostro, tal que si apartara un haz de cosas vivas y repugnantes. Quiso moverse, pero sintió que la tierra, acaso las raíces de los árboles próximos, oprimían sus pies y se enroscaban a lo largo de sus rodillas y se deslizaban al modo de serpientes, hasta su pecho.

Y en medio del mutismo infinito de la noche, en medio de esa sensación aguda y dolorosa de soledad y de silencio, aplastado por la energía desconocida que brotaba de todas partes, la voz continuaba en su oído, fría, inclemente, acusadora:

—Qué cosa tan monstruosa es un hombre dominado, corroído por el oro... Un hombre que todo lo somete y todo lo sacrifica a los pies del ídolo amarillo. Para él no hay afectos, ni ternuras, ni recuerdos ni amores... Es un trozo de hielo, una piedra que anda, un pobre fragmento desprendido de una montaña... La abyección tiene para él más valor que un afecto... y lo más innoble encuentra un hueco en su conciencia corrompida... Oh!... la conciencia!... Se cotiza en los mercados, la venden al peso... Esos hombres venderían a su madre con tal de aumentar un poco su caudal... La venderían... ¿verdad camarada?...

—Oh... exageras... exageras—murmuró apenas el viajero—. Eso es horrible... Oh... déjame... Debo marcharme... debo andar... andar... Debo rehacer mi vida... comenzar otra vez—. Debo buscar el camino del alba...

—¿Tú?—replicó la voz—. Sueñas... Te forjas ilusiones... Estás vencido, derrotado... No obstante, te daré todavía un plazo para tu redención... Aguardaré aun... aguardaré aun...

La voz fué desvaneciéndose poco a poco; alejándose en el negror de la noche; en el latido sordo del corazón, cada vez más lento, más tenue, más inaudible.

EL ALBA.

¿Cuánto tiempo permaneció allí?... Quizás anduvo a la deriva. O vagó por los caminos tenebrosos y se internó en los ásperos senderos, bajo los ramajes crujientes... Sus piernas vacilaban, agarrotadas, y sus manos, ávidas de quietud, se tendían desesperadas en el vacío. Sin embargo, como un resplandor indeciso y vago, apenas una línea lívida, sobre la ondulación de las colinas, una claridad lechosa y espectral, entre la niebla—el alba que surgía—en su alma atormentada y en su corazón crispado de terror y soledad, refulgía también la remota esperanza... como el amanecer sobre el hosco paisaje... Los bosques sorbían la noche y hacia los confines medrosos y trágicos corrían los grandes cendales de sombra, quebrados, desgarrados por la suave luminosidad del alba, que se empinaba sobre los cerros...

Estaba en medio del camino, transido de ansiedad y de congoja. Solo... Solo como un ser monstruoso sin derrotero, sin ideal. Solo y extraño, en la tierra de su adolescencia, sobre ese mismo camino de sus andanzas moceriles, por donde cruzara tantas veces, lo mismo en el alba que en la tarde, lleno el corazón de energía y de esperanza... El resplandor era cada vez más puro y noble y las sombras desaparecían rápidamente.

—También... También en mi corazón—murmuró.

Esta era la primera alba sobre la tierra abandonada, sobre los rincones nativos, después de tantos años de ausencia y olvido. Su corazón empezó a latir aceleradamente. En su espíritu prisionero de la angustia, las sombras se disipaban también como en el campo estremecido... Agitó sus manos, febriles y crispadas, y de súbito, como si un resplandor inesperado abriera el abismo de sombras que inundaban su alma, con una energía

nueva y desconocida, echó a correr a lo largo del camino. Su corazón murmuraba suavemente, como en una plegaria vieja que se recuerda de pronto:

—¡Solveig!... ¡Solveig!...

Un son lejano y dulce de campanas y un rumor armonioso y tibio de cánticos, como un vuelo de aves maravilladas, palpitaban en el estremecimiento del amanecer...